

como una cosa puramente teórica. Es necesario vivificar con ella el espíritu. Contrariamente a los eruditos puros, gente mezquina y envidiosa que hace de la busca de un dato o de un nombre un motivo de vanidad, las almas elevadas, serenas, religiosas, aprenden a respetar la verdad en las cosas pequeñas para respetarla en las grandes y no las aman sino por la dosis de verdad que ellas encierran. Es entonces de la verdad de lo que se debe vivir. Desgraciado el país en que no fuese permitido analizar el patriotismo y buscar las razones de nuestras creencias».

«Pero hay una cosa superior a ser o existir: es querer ser». Aparejado a esta voluntad se halla, es cierto, el dolor de la vida, pero esa capacidad de sufrimiento es precisamente lo que nos acerca a Dios, o más bien, el dolor que decimos nuestro es el dolor de Dios en nosotros. Unamuno ha practicado este principio, poniendo en obra su pensamiento directivo, y luego ha dicho al mundo su palabra. Su intención es llevar la inquietud a las almas; su anhelo es que los seres humanos todos sientan el amor extraterreno, la ansiedad del más allá y el impulso ascensional al infinito que mueve a su propia alma.

Estos son, toscamente reproducidos, los pensamientos primordiales del estudio que nos

ocupa. Chevalier ha escrito estas líneas merced a su profundo conocimiento no sólo de la obra de Unamuno, sino también de su alma disputada por el cielo y la tierra, y si ese artículo no basta para darnos una idea completa del pensamiento de Unamuno frente al universo y a los diversos problemas de la civilización y de la vida humana, no ha sido por falta de estudio ni de dominio certero de la materia tratada.—S.

Cultura femenina

Continuamos con el importante estudio de Jorge Simmel sobre «Cultura Femenina», que empezáramos a comentar en el número anterior de «Atenea».

El principal tropiezo que encontraba la mujer, según Simmel, para ofrecernos su espiritualidad específica en la literatura o en la poesía, era la existencia de una tradición o lenguaje característicamente masculinos. Pero algunas artes, como las de la intuición, no están atenuadas a una tradición verbal fija. «Las artes plásticas dependen en gran medida de las condiciones psíquicas y físicas, de la forma en que los movimientos del alma se traducen en los movimientos del cuerpo, de las sensaciones que acompañan a la inervación, del ritmo que siguen la mirada y el tacto». Ahora bien, los

móvimientos de las mujeres son muy peculiares y están determinados por condiciones anatómicas y fisiológicas; el «tempo» especial, la amplitud y la forma de los gestos femeninos dan lugar a una peculiar relación de la mujer con el espacio. Por medio de sus ademanes el hombre toma, por decirlo así, posesión espiritual de una porción del espacio. Claro está que el artista no traslada mecánicamente sus ademanes a su obra; pero merced a innumerables transposiciones y tránsitos, su modo de moverse en el espacio determina su interpretación intuitiva de las cosas». Porque el gesto de la mujer es «peculiar» y revela en cierta forma exterior la «peculiaridad» del alma femenina, cree Simmel que la mujer puede hacer creaciones nuevas en las artes del espacio. Hay artes como la danza, que son femeninas.

Como el hombre vive más hacia lo exterior que la mujer, los deberes de producción, ganancias, conocimiento, eficiencia, exigen del hombre un mayor desdoblamiento, un continuo cambio de actividades, mayor necesidad de olvido; el hombre no es capaz como la mujer «de una integral inmersión de la personalidad en una obra o fenómeno determinado». El hombre siempre está solicitado por otros impulsos. Le falta a la mujer «esa facultad tan mascu-

lina de mantener intacta la esencia personal a pesar de dedicarse a una función especializada. La mujer tiene una unidad más compacta». Hay artes como el teatral, que requieren esa inmersión de la personalidad dentro de la obra. «En este arte el artista dispone sólo de un instante; no le es posible separar y distanciar lo interno de lo externo. En el arte dramático la vida interior se hace por sí misma visible y perceptible, sin necesidad de un hiato o intervalo de tiempo, espacio y realidad entre ella y su concreción objetiva». Tales caracteres y la «unidad del arte dramático dividido por una serie de imágenes o cuadros, más o menos estáticos, contruidos según cierta ley de belleza», lo hacen propicio a la índole de la mujer.

A la unidad femenina y a la dualidad masculina, les aplica Simmel dos conceptos que parecen esclarecer lo que hubiera de confuso en las clasificaciones anteriores. Según Simmel el hombre es «significativo» y la mujer es «bella». El hombre es significativo porque «significa algo, está en relación con algo». Su valor es, pues, un valor de relación; su realidad es transitiva. Se aprecian más en él las cualidades adquiridas; lo asociamos siempre a las cosas. «En el simbolismo de los conceptos metafísicos el hombre *va siendo*

mientras que la mujer es. El hombre se evade de sí y lanza su energía en su obra; por eso significa algo que en algún sentido reside fuera de él, en sentido dinámico o en sentido ideal, como creación o como representación». La mujer es bella porque en su sentido pleno la belleza «significa la inclusión del ser en sí mismo; la unidad del interior con el exterior simbolizada en variadísimas maneras; la capacidad de reposar en sí misma, de bastarse a sí misma, pese a los sacrificios y las entregas». Es de la esencia ideal de la mujer «esa cerrazón orgánica, esa armonía de los elementos esenciales, esa uniforme referencia de las partes al todo. Difieren el hombre y la mujer en que «aquél necesita conquistar su significación en cosas o en ideas, mientras que la mujer descansa en su belleza, sumida en la bienaventuranza de sí misma».

Dos formas de productividad femenina de cultura en grande escala, son para Simmel «la casa» y la «influencia de la mujer sobre los hombres».

En la «casa» la vida de sus partícipes trasciende de ella por sus intereses personales y religiosos, sociales y espirituales, chicos o grandes» y «representa un módulo especial en donde todos los contenidos vitales reciben cierta forma tí-

pica. Para el hombre la casa es más bien un fragmento de la vida, mientras que para la mujer representa la vida entera plasmada a modo doméstico. La casa, donde la influencia de la mujer es fija, tiene un gran valor cultural porque «canaliza en cierta unidad permanente y concreta todos los momentos varios de la vida activa y creadora». La casa es una de las finalidades de la vida social, de la cultura. El «hogar» es una gran hazaña de la mujer.

No se puede precisar qué cosa es la influencia de la mujer sobre el hombre. O habría que acudir a las elevadas palabras de la poesía para transparentar este proceso misterioso. Simmel nos dice que las mujeres dan al hombre «algo inmediato, una esencia que en ellas mora y permanece, esencia que al entrar en contacto con el varón hace germinar en éste algo que no tiene la menor semejanza fenomenológica con ella y que en el varón se torna cultura». Y agrega: «Sólo en este sentido puede afirmarse que las mujeres estimulan las creaciones cultas del varón; pero no en un sentido más inmediato que incluyese el contenido mismo; porque no cabe en puridad decir que Rachel impulse el trabajo de Jacob, ni que Dulcinea provoque las hazañas de Don Quijote, ni que Ulrica de Levetzow haya cau-

sado la elegía de Marienbad».

Vive la mujer dentro de nuestra civilización un momento de crisis, «porque la evolución de la vida moderna anula la labor doméstica para un gran número de mujeres y para otras la reduce casi a nada». Arrastrada fuera de su ambiente tradicional, lánzase a la aventura de buscar otro sitio en la vida. Más rápido que crear una cultura propia basada en sus cualidades específicas, es plegarse a las formas e instituciones de cultura establecidas por los hombres. Esto es lo que se ha llamado el «ideal feminista», que tiende, como paradoja, hacia la masculinización. Simmel no ve en este ideal feminista sino una situación transitoria y una etapa en el descubrimiento de un nuevo «continente cultural» al que las mujeres conduzcan aquellas maneras de conocer, de relacionar y sentir que son orgá-

nicamente femeninas. Pero así como ciertos individualistas extremados — escribe Simmel — «piensan que es preciso pasar por un sistema nivelador para llegar a una jerarquización verdaderamente natural y a una nueva aristocracia que sea en realidad el predominio de los mejores; así, habiendo sufrido la posición y el trabajo de la mujer tanto tiempo bajo un régimen de exagerada desigualdad con los hombres—lo que ha impedido la creación de una objetividad específica femenina—hay que pasar ahora un cierto tiempo por el extremo opuesto de la exagerada igualdad, antes de llegar por fin a la nueva síntesis de una cultura objetiva enriquecida y avvalorada con los matices de la feminidad».

Simmel, pues, no es un filósofo misógino como Schopenhauer y confía en las mujeres... —M. P. S.